

Anaqueles de Ciudadanía

Por el derecho a la ciudad

Observatorio
Derechos Sociales y Desarrollo

ISSN: 2145-2350

Octubre-Noviembre de 2011
Cartagena de Indias

n° 9

¿Dónde estamos?



Derecho a la ciudad

Pasa el Año Internacional de la Población
Afrodescendiente, quedan los retos Pág. 2

Observando

Cartagena de Indias, la Venus del Caribe Pág. 4

Ventana abierta

Dónde estoy Pág. 6

Afrodescendientes en Cartagena
de Indias: una mirada de novelista Pág. 9

Ser negro Pág. 12

Desde el Odesdo

Por una mirada compleja Pág. 15



Pasa el Año Internacional de la Población Afrodescendiente, quedan los retos

Aproximarse a la realidad de la población afrocolombiana es un ejercicio complejo. En principio plantea el reto de superar el desafío de la invisibilidad y negación de una problemática racial que reproduce prejuicios y desigualdades socio-raciales contra dicha población; y que se materializa en inequidades y desigualdades sociales y económicas.

El curso de este año implicaba un apéndice especial para la mirada a las condiciones de la población afrodescendiente, desde el desarrollo y los derechos humanos. La Organización de las Naciones Unidas (ONU) declaró 2011 “el Año Internacional de la Población Afrodescendiente”. En consecuencia, la Organización de Estados Americanos (OEA) reafirmó su compromiso para lograr la plena integración y la igualdad política, económica, social y cultural de las mujeres y los hombres afrodescendientes de la región.

En palabras de Navi Pillay, Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, el año “nos ofrece una oportunidad especial de redoblar los esfuerzos en la lucha contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia que afectan a los afrodescendientes en todas partes”.

Año de eventos

Fueron muchas las estrategias puestas en marcha o aceleradas para lograr un punto de inflexión en cuanto a la sistemática y extendida violación de los derechos. Todas estrategias soportadas por un gran cuerpo de convenciones internacionales que se han firmado en los recientes decenios. El año estuvo repleto de eventos, conferencias y producciones académicas, declaraciones políticas y encuentros, como el último, realizado en noviembre en la ciudad brasileña de Salvador de Bahía: Encuentro Iberoamericano del Año Internacional de los Afrodescendientes, con el propósito común de tener una agenda común para los próximos 10 años.

Quizás sea prematuro, aventurarse a realizar un balance de este Año Internacional; pero los avances, en términos de concretización, han sido poco tangibles para la mayoría de la población afrodescendiente en toda la región. El mayor reconocimiento y una más amplia visibilización en todos los ámbitos no se constituyen en sí mismos en elementos suficientes para promover una decidida hoja de ruta para contrarrestar la histórica “racialización” de la vida y el acúmulo de desventajas y sistemáticas violaciones de los derechos humanos que afecta a una mayoría de la población afrodescendiente.

En Colombia, pese a una gran batería de normas, programas y sentencias judiciales existentes para mejorar la calidad de vida de la población afrocolombiana, no hay avances sustantivos en esa materia y la población afrocolombiana tiene las condiciones de vida más precarias¹. El Censo realizado en 2005 por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), pese a sus limitaciones estadísticas, encontró que el 10,62 por ciento de la población del país se reconoce como afrocolombiana. Es el tercer país de América Latina con el mayor número de afrolatinoamericanos.

Cartagena de Indias, dura “capital afro”

En Cartagena, el año termina con la promesa de una política pública para la población afrocolombiana que habita la ciudad. La vida e historia de la ciudad está vinculada a la historia de la población afrocartagenera, tanto como a la de los españoles colonizadores. En la consolidación del sistema moderno en el continente, blancos y negros africanos tuvieron papeles diferentes y desiguales. La dinámica esclavista, en desmedro de los segundos, marcó el devenir de la sociedad, especialmente de la cartagenera, puerto negrero. Dichos efectos han sido subrayados por



Cortesía de Gina Ruz.

una renovada corriente de producción historiográfica de la ciudad y el continente.

El Estado tiene que cumplir un rol central en la promoción de los pactos internacionales y en su implementación efectiva. Y la Administración Local debe practicar una activa política que haga efectiva la igualdad racial en los distintos ámbitos económicos, sociales, culturales y políticos para una real y plena inclusión social y política.

En Cartagena de Indias, la voluntad política local en este Año Internacional de la Población Afrodescendiente, no ha mostrado decisiones concretas para definir e implementar acciones afirmativas, con asignación de recursos, destinadas a la población afrocartagenera en las distintas esferas socioeconómicas y de poder. Ni el Concejo ni las Secretarías de Gobierno —más allá de la de cultura— de la hoy capital de los municipios afros, tomaron decisiones y acciones específicas ni adoptaron delineamientos institucionales significativos para una intervención pública que trascienda la promoción de la diversidad étnico-racial representada por la población afrocartagenera; y busquen reducir las desventajas históricas del racismo estructural que afecta a toda la población afrocolombiana en el Distrito. Sólo le queda posible aprobar o decretar *in extremis* la política pública para la población afrocolombiana.

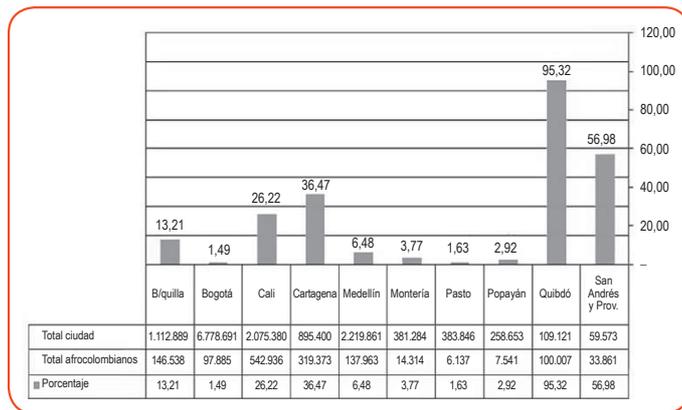
Decisiones de ese tipo deberían estar materializadas en un sistema de información específico desde la perspectiva étnica (y de género, por ejemplo, en el caso de la política pública para mujeres) a nivel de indicadores tanto demográficos como socioeconómicos.

La presencia de la población afrocolombiana no implica su visibilización y reconocimiento social y ciudadanía real. Persisten los prejuicios, las subvaloraciones, las desigualdades e inequidades frente a la población afrocolombiana, influenciado por el legado histórico y socio-cultural de la sociedad esclavista. La población que se autorreconoce afrocolombiana representa el 36,47 por ciento de la población censada en la ciudad. Excepto por Quibdó y San Andrés, Cartagena es la capital con mayor proporción de población afrocolombiana. Si bien en Cali hay más población, su proporción es menor, con respecto al total de población de esa capital.

Por citar las cifras, no se niega que los datos demográficos específicos de la población afrocolombiana son una asignatura pendiente. Pero se acepta que los datos arrojados por el Censo permiten aproximaciones descriptivas de las diferencias sociodemográficas y socioeconómicas en la ciudad y el país.

¹ Gustavo I. de Roux hizo toda una compilación de la normatividad y la jurisprudencia que hay en Colombia para tal fin y termina con estas mismas conclusiones. Se puede revisar en DE ROUX, G. (2010) *Políticas públicas para el avance de la población afrocolombiana: revisión y análisis*. Una publicación del Proyecto Regional “Población afrodescendiente de América Latina”. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Gráfica n° I. Proporción de la población afrocolombiana en las principales ciudades de Colombia
Cartagena de Indias, Censo 2005



Fuente: DANE. Censo Básico 2005. Cálculos ODESDO.
Cálculos no incluyen en la población total personas que no informan sobre su pertenencia étnica.

Vista de cerca, se nota poco aliento en esta sociedad democrática local. Además del clientelismo y el favoritismo, en las relaciones políticas se instala el mito de la *democracia racial*, con la cual se simula una sociedad "sin prejuicios ni discriminaciones raciales"¹². Así, sacudiéndose a las relaciones su legado histórico, con todas sus implicaciones, se puede administrar la exclusión y la desigualdad. Pero por más que intenten engavetarla, la evidencia empírica, la vida cotidiana, descarna todas las dinámicas de exclusiones.

Los mitos

El Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (ODESDO) ha controvertido en sus anteriores publicaciones muchos de los mitos creados alrededor de la población afrocolombiana y el modelo de desarrollo y la metáfora del mismo que es la ciudad. Suficiente, por ahora, mencionar un par:

– El mito de las dos ciudades, que Libardo Sarmiento³, como investigador adjunto del ODESDO, usa de título para criticar los imaginarios detrás de los que se han asentado las nociones fundamentales del patrón organizativo de la ciudad.

– El mito de la ruralidad de la población afrocolombiana. En distintas publicaciones se ha subrayado el carácter urbano de la población afrocolombiana en Cartagena de Indias, pese a que desde el Estado local y la prensa se replica insistentemente la supuesta condición periférica y rural de la misma. Las mayores proporciones de esta población se encuentran en barrios nucleares y tradicionales (tradicionalmente pobres también) de Cartagena de Indias⁴.

Cuadro n° I. Población y porcentaje de la población afrocolombiana y no afrocolombiana según área geográfica
Cartagena de Indias, Censo 2005

Área	Afrocolombiano	No afrocolombiano	Total ciudad	Afrocolombiano (%)	No afrocolombiano*
Urbano	281.433	543.673	845.801	34,02	65,72
Rural	37.940	10.304	49.599	78,28	21,26
Total	319.373	553.977	895.400	36,47	63,26

Fuente: DANE - Censo 2005. Cálculos ODESDO.

* La población no afrocolombiana no incluye indígenas 0,17% (1.469), ROM 0,10% (911) ni personas que no informan sobre su pertenencia étnica 2,20% (19.670).

Vivir entre el(los) mito(s) y la negación sirve para maquillar la realidad y sostener el sistema social (racial). Pese a que el orden social se transforma, lo hace de manera asimétrica y desigual. Al lado de una igualdad formal, persisten en "lo real" ciudadanos y ciudadanas de distintas categorías que ejercen el derecho a la ciudad según el nivel de vida económico y el color de la piel.

El primer mito tiene su funcionalidad. "La imagen de una ciudad dual, la rica y la pobre, hace parte de la ideología cartagenera. Políticos, comunicadores y académicos mencionan las dos ciudades como si una no fuera consecuencia de la otra (...) Dos historias paralelas, sin articulaciones ni responsabilidades mutuas, alimentan el imaginario colectivo (...) Y este mito, que es también mentira, sirve para adornar los discursos de los políticos, burócratas y académicos; alivia la conciencia filantrópica de las élites y apacigua el espíritu popular"⁵.

Desde la perspectiva del desarrollo y de la ciudadanía, la tendencia a no asumir explícitamente la presencia urbana de la población afrocolombiana es desconocer la diferencia en favor de una aparente homogeneidad, que restringe el pleno desarrollo de las personas y la efectiva participación política, social, económica y cultural. Políticamente, su invisibilización sirve para prescindir de las identidades distintivas de cada etnia en los procesos de urbanización. De esa manera, la población afrocolombiana queda en desventaja con respecto al resto de la ciudadanía, porque no se reconocen diferencialmente sus derechos y las necesidades de formulación e implementación de política públicas locales. Tampoco se garantiza un ejercicio de participación plena en las instancias democráticas locales ni la efectividad de su derecho a la ciudad.

Esta práctica contiene un enfoque convencional que consiste en oponer la ciudad a lo rural, con mirada ideologizada de modernidad y criterios economicistas. Así se desconocen los procesos históricos y sociales de conformación de las estructuras urbanas heterogéneas y multiculturales. Y se simplifica la multiculturalidad a un discurso, un folclorismo, sin equivalencia material, detrás del cual las lógicas económicas del modelo sostienen la inequidad, la desigualdad y las diferencias en el derecho a la ciudad.

Realidad compleja

Aproximarse a la realidad implica ir más allá de indicadores cuantitativos y cuestionar interpretaciones históricas y estáticas. Mucho más hoy, cuando la problemática del desarrollo trasciende la centralidad económica, y es objeto del debate social, político, cultural y ambiental. Obliga a pensar el desarrollo desde la integralidad y la interdisciplinariedad.

A esta altura de la historia local, queda claro que el modelo de desarrollo económico no ha sido capaz de garantizar un desarrollo social y humano equitativo e inclusivo, económicamente sustentable y con cohesión social. Para ver la dinámica de exclusión social sirven las cifras y la historia. Los componentes socioculturales que rigen el modelo de desarrollo, sostienen y legitiman la subvaloración y la discriminación por género y por color de piel. Dicho modelo tiene como fin último el crecimiento económico, se preocupa por la competitividad económica y se rige por la ley de mercado; esto frente a una débil concertación social. En su materialización urbana, el modelo va a lomo del capital inmobiliario y turístico, que arrollador, acelerado y desordenado, es extremadamente desigual.

Esta situación obliga a un fuerte cuestionamiento del modelo promovido y a las políticas que lo legitiman y legalizan. Desde una perspectiva de derechos humanos, invita a una tarea urgente de repensar el modelo.

Aproximarse a la realidad de la población afrocolombiana no es fácil, dijimos al comienzo. Esta publicación pretende contribuir a esa meta, poniendo en escena distintas maneras de aproximarse a dicha realidad. Quizá en algún momento, en la conjunción de elementos, como sociedad y ciudad podamos darle respuesta efectiva a tan compleja y extendida injusticia.

² GUIMARAE, A. (2001) *Democracia racial: el pacto, el ideal y el mito*. En: Estudios sociológicos pp. 305-333. Mayo-agosto. Colegio de México.

³ SARMIENTO, L. (2010). *Cartagena de Indias: el mito de las dos ciudades*. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (ODESDO). Cartagena de Indias.

⁴ Ver CASANOVAS, L. (2009). Coord. *Ciudad heterogénea, diversa y desigual. Aproximación sociodemográfica a la población afrocolombiana y al panorama social de Cartagena de Indias*. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (ODESDO). Cartagena de Indias. Pueden consultarse también las ocho ediciones anteriores del boletín Anaqueles de Ciudadanía y las memorias de los seminarios sobre la población afrocolombiana y el modelo de desarrollo.

⁵ Sarmiento, op. cit.

Cartagena de Indias, la Venus del Caribe

Por: LIBARDO SARMIENTO ANZOLA
Investigador adjunto del ODESDO.

La “Heroica” reproduce año tras año, de manera trágica, *El nacimiento de Venus*, obra maestra del pintor italiano Botticelli. Las diosas de la belleza emergen impolutas sobre los miles de damnificados por las inundaciones y los deslizamientos en las miserables villas cartageneras. Mientras los empresarios se llenan los bolsillos con los dineros, públicos y privados, que les deja el espectáculo, las 2.500 familias afectadas en noviembre de 2010 por las lluvias y el aumento de las mareas muestran el rostro doloroso de la exclusión que ocultan con apremio las agencias de turismo, los medios y la administración local.

La imagen de una ciudad dual, la rica y la pobre, hace parte de la ideología local. El mito de las dos ciudades intenta contar dos historias paralelas de la urbe, sin articulación alguna, sin corresponsabilidades. Este mito adorna los discursos de los políticos, es fuente de inspiración de académicos, sirve a la filantropía de los empresarios y apacigua la rebeldía popular. Sin embargo, los mitos hacen parte de la construcción de toda sociedad.

Además del mito del dualismo, otros tres imaginarios complementan el ocultamiento de la realidad de esta sociedad portuaria y se reproducen sin fin: la dependencia “neocolonial”, el capital humano y el desarrollismo. Al estudiar su historia, de manera crítica, emergen cuatro pautas (normas que gobiernan los procesos y el estilo de desarrollo) o patrones organizativos que definen estructural y sistémicamente el proceso societal cartagenero: importancia geoestratégica y apartheid social; economía de enclave, exclusión y socio-racismo.

Esta matriz, conformada por los ocho elementos analíticos anotados (cuatro imaginarios o mitos y cuatro pautas o patrones organizativos), está cruzada y articulada en su complejidad histórica por el conflicto de clases que producen y reproducen esta específica formación social y sus relaciones socio-económicas y políticas fundamentados en la expropiación, la opresión y la explotación que alimenta la voracidad de la acumulación capitalista, de propios y extranjeros, en Cartagena de Indias¹.

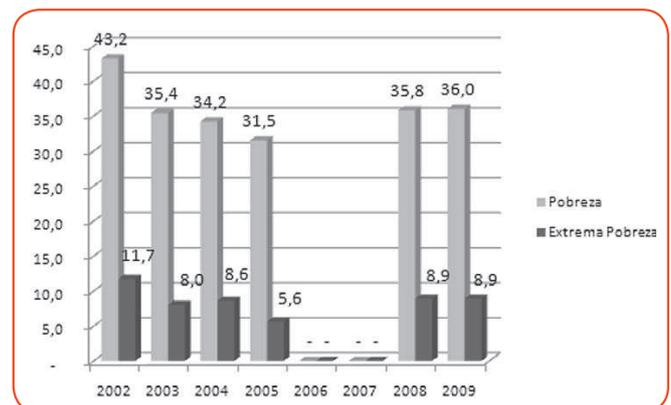
Para las comunidades afrocolombianas y populares, el desarrollismo de las élites cartageneras siempre significa violencia, despojo, destierro, segregación y exclusión. Uno, entre miles de ejemplos, recuerda este trágico destino: Chambacú. La novela costumbrista de Manuel Zapata Olivella, *Chambacú*, relata cómo la plutocracia de la “Heroica” convirtió los ranchos de cartón y paja, donde habitaban “los negros”, en “tierra de muerte”, para después transformarla en uno de los principales “polos de desarrollo y valorización” de Cartagena. Este hecho constituye un penoso símbolo de la más cruda historia del racismo en Colombia. Hasta finales de la década de 1970, la historia de la cultura afroamericana de Cartagena pasaba inexorablemente por Chambacú, un “corral de negros”, como lo describió el escritor Zapata Olivella. Hoy el complejo y afortunado proyecto que se levanta sobre el terreno es propiedad de Chambacú de Indias S.A., una empresa en la que confluyen los intereses de miembros del gobierno del entonces presidente de Colombia Andrés Pastrana (1998-2002), y sus familias, entre ellos el actual presidente del BID Luis Alberto Moreno y el presidente del partido Conservador Fernando Araújo. Lo que se constituyó en un escandaloso proceso judicial estuvo antecedido por el cambio arbitrario de destinación del terreno para la construcción de vivienda de interés social a un lujoso centro comercial.

La Justicia esperó hasta que prescribiera el proceso, antes que importunar a tan “importantes familias”. Hoy, los polos de desarrollo de la ciudad (el mercado de Bazurto y la renovación de la zona colindante, la vía perimetral de la ciénaga de la Virgen, las áreas aledañas a Transcaribe, el Cerro de la Popa y la nueva carretera hacia Barranquilla) constituyen una amenaza evidente contra los pobladores populares de estos espacios urbanos, quienes serán despojados y expulsados hacia los extramuros de la ciudad, lejos del litoral.

De acuerdo con el *Informe 2010 sobre el Estado de los Derechos Humanos de la población afrocolombiana*, en Colombia la discriminación racial sigue siendo una conducta “normal” en las relaciones de sociabilidad. La principal víctima de este fenómeno es la población afrocolombiana, según los resultados y conclusiones de la Encuesta sobre la Percepción del Racismo y la Discriminación Racial, realizada por el movimiento CIMARRÓN, en las ciudades de Bogotá, Medellín y Cartagena.

Cartagena de Indias registra una rápida expansión de la población y un elevado crecimiento económico desde finales del siglo XIX. En 1905 los habitantes se acercaban a la cifra de 10.000. Para 1951 la población de la ciudad sumaba 128.887 personas. De acuerdo con las proyecciones del DANE, la población en 2010 llega a 944.250 habitantes. De acuerdo con los datos del DNP, la pobreza en Cartagena pasó de 35,8 por ciento en 2008 a 36 por ciento en 2009 (ver gráfica). En la extrema pobreza se mantienen nueve de cada cien cartageneros. No obstante, en los niveles 1, 2 y 3 del SISBEN², que el sistema asimila a población en condiciones de pobreza, se encuentra el 90,5 por ciento de la población.

Gráfica n° 1. Pobreza y extrema pobreza en Cartagena de Indias
Período 2002-2009



Fuente: Cálculos MESEP 2008 y 2009; GECH 2002-2005: serie de ingresos ECH empalmados para el total Nacional. Cálculos ODESDO.

Nota: en agosto de 2009, la MESEP oficializó las cifras de pobreza, indigencia y desigualdad correspondientes al período 2002 a 2008 (excluyendo 2006 y 2007).

La pobreza tan extendida en la ciudad portuaria obedece a una economía de enclave que no genera empleo digno. Durante el año 2010 la tasa de desempleo es de 12,5 por ciento, por encima del promedio de las 13 principales ciudades del país. El empleo informal afecta a

¹ La profundización y análisis de estos ocho elementos se presentan en el libro: SARMIENTO, Libardo (2010). *Cartagena de Indias: el mito de las dos ciudades*; Observatorio Derechos Sociales y Desarrollo; Cartagena de Indias.

² A la fecha del estudio estaba vigente el Sisbén II. El Departamento Nacional de Planeación renovó las variables del Sisbén y el nuevo sistema no contempla los niveles. Más de 300.000 personas salieron de este sistema, por lo que este indicador de pobreza se redujo.

60,5 por ciento de los trabajadores, esto es, en condiciones precarias, inestables y sin seguridad social. El empleo que se genera es, mayoritariamente, cuenta propia, microemprendimientos, servicio doméstico y trabajadores familiares sin remuneración. Las empresas en una economía de enclave carecen de vinculaciones significativas con los circuitos de la economía local. No hay un proceso de difusión tecnológica, ni de entrenamiento o capacitación de la mano de obra nativa. Tampoco hay una articulación con actividades complementarias locales, como el sistema educativo, las políticas sociales o el desarrollo urbanístico. La acumulación de capital del enclave empresarial cartagenero tiene como fuentes la industria, el comercio, la construcción, el sector financiero y las actividades asociadas con el turismo y portuarias.

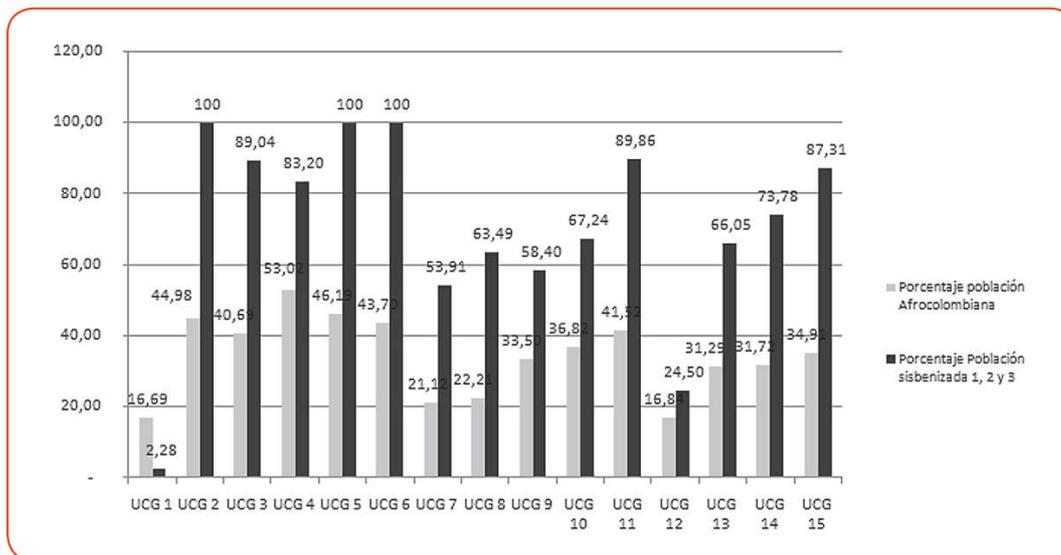
Según una reciente investigación, “en las tres últimas décadas Cartagena ha sido una de las ciudades colombianas con mayor crecimiento económico y demográfico; sin embargo, la repartición de esa prosperidad ha sido muy desigual. (...) Cartagena es una ciudad con una gran polarización en los ingresos y en las oportunidades sociales, lo cual tiene una clara manifestación en el espacio físico: los pobres están localizados en determinados sitios y los más altos ingresos están en otros lugares. Además, hay un componente étnico en esa polarización. Los más pobres, que además se ubican en los sitios menos atractivos, son mayoritariamente afrodescendientes”³.

Cuadro n° 1. Distribución de población ocupada, según ramas de actividad
Período octubre-diciembre 2007-2009
Cartagena de Indias

Ramas de actividad	2007	2008	2009*
No informa	0,14	0,45	0,08
Agricultura, pesca, ganadería, caza y silvicultura	1,40	0,96	0,77
Explotación de Minas y Canteras	0,46	0,34	0,35
Industria manufacturera	12,60	12,07	10,57
Suministro de electricidad gas y agua	0,99	0,75	0,72
Construcción	7,29	7,68	7,92
Comercio, hoteles y restaurantes	27,38	29,26	31,16
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	13,85	13,81	13,87
Intermediación financiera	1,30	1,24	0,92
Actividades Inmobiliarias	7,05	7,10	7,25
Servicios, comunales, sociales y personales	27,55	26,33	26,38
Total ocupados Cartagena	100	100	100

Fuente: DANE - GEIH. Octubre-Diciembre 2007-2008.
*DANE-Encuesta nuevo marco 2005. Período oct.-dic. 2009. Cálculos ODESDO.

Gráfica n° 1. Porcentaje de la población en niveles 1, 2 y 3 del Sisben⁴ y población afrocolombiana, según Unidad Comunera de Gobierno Cartagena de Indias



Fuente: Población afrocolombiana: DANE – Censo 2005.
Niveles Sisben: Secretaría de Planeación Distrital - septiembre de 2007. Cálculos ODESDO.

De otra parte, el manejo de las finanzas públicas no promueve la justicia, la equidad ni la inclusión. Los ricos no pagan impuestos y los programas sociales son de corte asistencialista. El déficit fiscal de Cartagena es de carácter estructural, lo que refleja: i) la clase dirigente no es proclive a afectar la desigual distribución del ingreso a través de los mecanismos fiscales que dispone la administración local, ii) el rápido enriquecimiento de la ciudad durante las últimas décadas ha beneficiado principalmente a los ricos, en una tendencia constante de concentración de la riqueza, sin que se refleje en un fortalecimiento de las finanzas públicas; iii) el financiamiento del déficit de la ciudad mediante empréstitos beneficia al sector financiero, a la vez que le quita recursos a las vigencias futuras y genera dependencia política de la ciudad respecto a los intereses de los banqueros; iv) la ciudad, en la actual estructura presupuestaria, no cuenta con procedimientos democráticos (presupuestos participativos) ni con los recursos financieros sostenibles para adelantar una política pública social que garantice la inclusión, la universalidad de

los Derechos Humanos y el ejercicio pleno de la ciudadanía de las y los cartageneros.

En resumen, es necesario comprender, enfrentar y transformar, desde las propias comunidades afectadas, las pautas o factores históricos y las estructuras que determinan la dinámica de Cartagena, esto es: la economía de enclave, la exclusión, el socio-racismo y la segregación geográfica (con instituciones que unifiquen, infraestructura que conecte e intervenciones que focalicen, redistribuyan e incluyan). Es importante develar y destruir los mitos fundantes que aún campean en el imaginario de la “Heroica”. Sólo así es posible una ciudad que integre un modelo de desarrollo local sostenible y de políticas públicas orientadas por los valores de dignidad, inclusión, democracia y derechos humanos. La premisa mayor de este cambio, es la organización y empoderamiento político popular, esto es un ejercicio diario de poder instituyente y constituyente de las comunidades en sus espacios locales de existencia.

³ Aguilera, María y Meisel, Adolfo, (2009), ¿La isla que se repite? Cartagena en el Censo de Población de 2005, en: Revista del Banco de la República, Vol. LXXXII N° 976, Bogotá, Febrero de 2009, p. 24.

⁴ Datos vigentes a la fecha de estudio del libro en cual se basa este artículo.

Dónde estoy

Por: ROBERTO BURGOS CANTOR
Escritor

Cómo las novelas propician aventuras en la realidad real es un misterio, más de las novelas que de la realidad.

Así *La Ceiba de la memoria* me condujo a uno de los retos apasionantes, tentado por la imposibilidad de su realización.

Se trataba de adelantar un proyecto, casi descomunal por su ambición, que ofreciera un primer intento de respuesta, explícita, a la pregunta o a la curiosidad de unos niños afros que en el palenque de San Basilio o en las riveras del río Atrato se reunían con la ministra de Cultura de Colombia. Por lo general los encuentros con la comunidad, sin intermediarios, permiten percepciones que de otra manera se pierden, son recogidas por interpretaciones de voceros o representantes que al tener años incansables en la transmisión de peticiones dejan escapar los matices. No se trata de discutir la legitimidad del vocero sino de anunciar un riesgo que ronda a los saberes y deseos no renovados.

El proyecto consistía en dar cuenta, sin soslayar el rigor histórico, de la aventura de los afros en lo que hoy es Colombia, desde el desprendimiento forzado de su tierra natal hasta la incorporación a la entraña de este mundo en construcción. El relato debía acercarse a la fluidez narrativa, evitar las construcciones de la academia y mostrar, si lo había, el poder de humanidad persistente que asumía riesgos.

Los niños habían preguntado que dónde estaban ellos y sus padres y abuelos en las diversas expresiones del arte, cuál era su imagen, qué los distinguía. Los vacíos, en ocasiones, no son expresiones de la nada sino señales de un ocultamiento. A veces malicioso. A veces interesado. Entonces, escarbar el vacío no fue la menos interesante de las prácticas de esa reconstrucción. Se aguza una sensibilidad distinta que teje desde el azar.

Quizá ello condujo a aplicar los asedios desde múltiples perspectivas y examinar las guerras de la independencia, las ciencias, la política, la poesía, la música, las novelas, los cuentos, las profesiones, los oficios. De aquí surgió una metodología que poco a poco fue mostrando la estructura que en definitiva tuvo *Rutas de Libertad. 500 años de travesía*.

Se organizaron 4 grupos de historiadores con sus equipos: Alfonso Múnera dirigió el que se ocupó del Caribe. Rafael Díaz el que se aplicó al centro, Bogotá y sus alrededores. Darío Henao a las producciones literarias de los afros. Alfredo Vanín al ignoto Pacífico. Y dos queridos inspectores de cumplimiento: Moisés Medrano y Germán Mejía. Surgió entonces una baraja de logros y conquistas alimentadas por las potencias de la libertad.

De las bodegas de los galeones, de los corrales y palenques, de la subordinación humillante, una humanidad imaginativa, noble, valiente, rompió ataduras y salió a poner su huella, a ejercer su voluntad. Fundaron rutas de tierra y de agua. Explotaron minas. Dirigieron transportes. Educaron. Cantaron. Escribieron. Se opusieron. Conquistaron.

La estructura de obra abierta de *Rutas de Libertad*, armada como un parque de diversiones que extiende el presente como una perspectiva que estira y encoge, exigió un conjunto de imágenes de artistas plásticos que combinan la mirada ajena y el espejo propio. Está el óleo en el cual aparece por primera vez un afro, disuelto en la sombra del páramo, vestido con el inapropiado traje de los llaneros en ese helaje que muerde la piel, y quien sostiene por las bridas el caballo de Simón Bolívar. No es esa la figura del abuelo que quieren ver los niños. Y se despliegan otros proponiendo una mirada que llega a estos días.

Tanto mostraron los atisbos, destellos y logros, que fue indispensable proponer ese útil complemento que fue la *Biblioteca de literatura afrocolombiana*. Voces y voces recuperadas del olvido, con prólogos de especialistas que los escribieron para dar cuenta del significado de esos libros leídos hoy. Están los poetas que traspasaron los tiempos: Candelario Obeso y Jorge Artel. El poeta del Pacífico, Helcías Martán Góngora. Los renovadores, Pedro Blas Julio, Rómulo Bustos Aguirre en el Caribe y Alfredo Vanín de ese mundo apenas nombrado, de recogimiento y misterio, que es "el litoral recóndito". Los novelistas Gregorio Sánchez, Palacios, Zapata Olivella, Hazel Robinson. Los cuentistas Truque, Robinson-Bent, Collazos. Una muestra de especial interés, confiada a Alfonso Múnera y a Germán Patiño, de ensayos que permiten examinar las ocupaciones intelectuales y las formas de pensamiento de los autores afros, de Rogerio Velásquez y Manuel Zapata.

Más que un ejercicio de caracterización de peculiaridades, la *Biblioteca* insiste en soltar al torrente de la literatura unas obras que por razones ajenas a su calidad quedaron sumergidas en los meandros de nuestras contradicciones. Y a lo mejor de las viejas vergüenzas todavía sin absolución.

Tanto mostraron los atisbos, destellos y logros, que fue indispensable proponer ese útil complemento que fue la Biblioteca de literatura afrocolombiana. Voces y voces recuperadas del olvido, con prólogos de especialistas que los escribieron para dar cuenta del significado de esos libros leídos hoy.

Cortesía de Claudia Fortich.

El siguiente texto de Roberto Burgos Cantor fue publicado como cierre del proyecto *Rutas de libertad. 500 años de travesía*. Se reproduce para esta edición de *Anaqueles de Ciudadanía* con autorización del autor.

Íbamos ciegos¹

ROBERTO BURGOS CANTOR

Íbamos ciegos.

Del esplendor de la luz viva, de su temblor sin ruido en la brisa detenida, a este socavón de maderas crujiendo y tinieblas sin rendijas.

Íbamos ciegos y la oscuridad se traga las imágenes que el recuerdo llama para sentir que aún queda algo y que se viene con nosotros.

Íbamos ciegos. Se desvanecen el bosque y el desierto. Se seca la humedad que dejó el agua que nos echaron en la cabeza. Las palabras y gestos que repetían, las mismas para todos, se disuelven en la extrañeza y el olvido.

Íbamos ciegos.

Impedidos por las cadenas que nos pusieron. Fila de encadenados, unidos por eslabones y abrazaderas de hierro que carcomerán la piel, oxidarán la sangre, aserrarán los huesos, destruirán el valor, la vida. Cadenas que no unen. Pasos nuevos, lentos, que marcan el caminar, cambian el camino, atan el avance. Cadenas que amarran y aíslan nos separan de los nuestros, y adelante y atrás de la fila hombres o mujeres de pueblos distintos y lenguas diferentes. Algarabía de lenguas y ojos desolados frente al mar. Sin preguntas: horrorizados. Sin respuestas: silencio de pánico. La carcasa se mece sobre la superficie de agua desconocida y los palos altos y los atravesados envueltos en trapos parecen que se irán al agua con los pájaros que descansan en esos árboles sin hojas.

Íbamos ciegos y encadenados.

Para llegar a la carcasa grande nos cargan en una pequeña, frágil, resbalosa. La dirigen hombres iguales a nosotros de palabras distintas. Muchos tenemos palabras distintas. Dirigen la carcasa pequeña con la agilidad del jinete del dromedario. Corcovea como gacela espantada y se acerca. Algunos acosados por el desespero, por esta forzada interrupción de la vida, por este no saber repentino que nos pone al borde de un abismo, se lanzan al agua y antes de ser recuperados quedan ahorcados por las cadenas y esa muerte maldice el agua. Pudre la vida de los vivos. Aumenta el miedo que aprieta el corazón, lo estruja y apenas late.

Íbamos ciegos. Las cadenas no aprisionan la vida. La vida de unos se escapa y queda el cuerpo encadenado lleno de muerte. En la entraña de la carcasa apretados sin podernos mover, en la oscuridad, arrojados por el olor insoportable al comienzo y después parte de la insensibilidad, chorreados de vómitos propios y ajenos, quemados por la orina de unos y otros, embarrutados de mi mierda y la tuya, y la muerte poco a poco suelta su aroma, su grito que nadie oye, su erupción de tripas descompuestas y ojos apagados y oídos sordos y cabellos quietos que crecen sin caricia.

Íbamos ciegos.

Este socavón húmedo y oscuro nos robó los días. El secreto de la luz en los amaneceres. El lento despuntar de anuncios en el horizonte. Los veranos. La madre de las lluvias. La dirección de las tormentas de arena en el desierto. El aroma vegetal que avisa la cosecha. El aliento de celo de los animales. La noche y las estrellas y la luna que desciframos para guiarnos en los sueños, en la caza, en los viajes nocturnos y en los partos. A veces entra un poco de claridad por la abertura arriba. Ponen la escalera y bajan quienes traen la ración de cereales crudos y el jarro de latón con el agua medida, escasa, mezquina. Ni siquiera nos reparten la porción de los muertos aún atados a nosotros, con la piel quieta y de un frío que reciben los que van a los lados, con el suspiro inútil y el sueño inconcluso que los deja vagando en este extravío sin destino. El robo de los días alteró la vigilia y el sueño. La inmovilidad impuesta sobre este listón duro y áspero, suprimió los senderos y los pasos. No escuchamos el fluir de la sangre y la tensión alerta cuando esperamos al animal en el bosque, o el aparecer repentino de una canción que ofrecemos a los nuestros para celebrar, lamentar, o guardar en la memoria de la voz.

Tanto tiempo este paisaje derruido, deforme, igual. Los ojos terminan por descifrar las tinieblas y nos vemos a nosotros mismos. A los barriles apilados. A las cajas. Todo color penumbra. Un color que se nos pega y nos viste de noche sin luna, sin astros, sin cometas, sin aguacero de estrellas.

Íbamos ciegos.

La herrumbre apaga el tin-tin-tin de las cadenas al golpear unas y otras. A veces se siente un vacío desconocido que hace pesada la respiración y algo sin nombre queda en suspenso. Todo queda en suspenso menos el dolor. A veces una bestia ansiosa se lanza contra el maderamen del socavón y golpea, rasga, estremece. Quiere entrar. No tenemos fuerza para gritar, para espantarla, para defendernos. Está allí al otro lado apenas separada por la madera. Quiere devorarnos. Restriega su lengua, castiga con sus coletazos. A veces podemos oír un silbido penetrante, fino y continuo. Es el viento sin árboles que nos rodea y enfría esta cueva.

¿Acabará alguna vez esta noche desnaturalizada en medio de la cual algunos morimos y otros apenas sabemos el desespero, este miedo congelado que nos acaba?

¿De dónde vengo, a dónde voy, si voy, no voy, soy arrastrado, jalado?

Poco a poco conozco el rostro de mis compañeros de socavón. Rostros con la máscara de la oscuridad. Apenas hablamos con los ojos. Sus ojos. Nuestros ojos. ¿Son ojos lo que queda de visión en esta tiniebla sin pausa? Ven o no ven. No puedo ir. Estoy sujeto. Mirar no es mirar. Mirar. Me miras. Estás ahí. Estoy aquí. Eso es lo posible. La cadena dirige, inmoviliza, aprisiona hasta mis ojos. La oscuridad acorta la distancia de lo que podemos mirar. O imaginamos que miramos.

Respiraciones descompasadas, suspiros, voces, murmullos, restos de un grito. Lloros sin lamento flotan en el aire gastado que se respira como piedra. ¿Hacia dónde este tiempo sin nuestros pies que no acaba?

Íbamos ciegos.

Encadenados íbamos. ¿Sí es ir? Entre muertos y heridos íbamos. Entre nosotros, pero desconocidos íbamos. ¿Será que el sufrimiento hermana o destruye lo que surge de aquí? Encadenamiento más allá de las cadenas. El aire espeso cargado de nuestras respiraciones. Los alientos que entran y salen y establecen una lengua común. El muerto que no conocemos pero es nuestro muerto. Sin cantar íbamos. Nadie canta. Las invocaciones no vinieron. Sin ofrendas íbamos. Somos sedimentos de algo grande que se quedó, que no pudo venir, de lo que nos arrancaron, a lo que pertenecemos.

Íbamos ciegos.

Y despojados y maltratados y prisioneros.

Los golpes contra el maderamen de la carcasa se aplacan. Chasquidos leves y el fuerte bamboleo se detiene. Llegan voces de arriba. Se abre la salida y una luz con espesor inunda el socavón, aviva la hedentina con sus vapores lentos, disuelve las tinieblas y nuestras caras se asoman. La luz arde en los ojos y otra vez ciegos. Ciegos de oscuridad. Ciegos de luz.

Las cadenas pesan. El aire pesa. La luz pesa. El cuerpo pesa. El miedo pesa.

Llegamos, ¿a dónde llegamos?, ciegos.

Encima de la carcasa, jalados de su entraña, estremecidos por los dolores nuevos, nos dan un poco de agua con sabor distinto, fresca, suave. No nos la vuelven a echar en la cabeza. Nos restriegan el rostro con las costras de los vómitos, las lagañas y la oscuridad.

Poco a poco la maraña de las tinieblas, las punzadas en los ojos, la resistencia adolorida a los movimientos, poco a poco muestran: agua transparente de ondulaciones bajas; los tres hombres de ropas que los envuelven hasta los tobillos y frenan a los de la carcasa que

¹ BURGOS, R. (2010). Íbamos ciegos. En: BURGOS, R. (Ed). *Rutas de libertad. 500 años de travesía* pp. 406-412. Ministerio de Cultura y Pontificia Universidad Javeriana.

quieren sacarnos ya; gentes aglomeradas en la orilla; una población sin palacios, ni desierto, con destellos de canales de agua, muros y construcciones. ¿Dónde estamos? Si es estar.

De la carcasa nos empujaron a los corrales de madera y el piso pronto será un barrizal que apestará peor que la podredumbre. Nos sacan en grupo. Nos exhiben como la sal. Nos ofrecen. Nos compran. Atrapados como animales nos comerán.

Íbamos ciegos.

Ver para no ver. Esto que vemos rememora y extraña. Sin carcasa y sin agua caminamos ahora. Unos más. Unos menos. La tierra parece moverse empujada por el agua. Más dispersión y alejamiento. Los de la carcasa nos entregaron a los de los corrales. El sueño prolonga la agonía sobresaltada de la vigilia. Los hombres de vestido largo que los envuelve vienen al corral. Uno de ellos habla lenguas de las nuestras. Pregunta y pregunta. Revisan las calenturas. Cuidan la supuración de las heridas.

Los de los corrales nos jalan y empujan por los caminos de arena entre las casas. Cerca al agua dicen palabras en voz alta sobre nosotros. Pasan las manos sobre nuestro cuerpo. Nos separan los labios para mostrar los dientes. El sol sube y la luz se riega por el agua. Nos entregan a alguno de los hombres que se arremolinan alrededor de nosotros y nos miran. Más que mirarnos examinan nuestros cuerpos. Curiosos, tocan, palpan. Ellos nos llevan para las casas, para las montañas, para los sembrados, para las construcciones de fortalezas y canales, para las minas, para los hospitales, para agregar lenguas a mi lengua y aprender las 699 lenguas de los nuestros y la lengua de aquí, la de este lugar que no es lugar. Nos llevan separados otra vez y con cadenas.

Cuanto sabíamos y hacíamos no tiene lugar aquí. Aquí no sabemos. Aquí no hacemos. Aquí no somos. La ceguera se extiende de los ojos al corazón. El viejo miedo abre su lugar a un sentimiento de resistencia. Como si los dioses nos hubieran encontrado. Alcanzado. El dios de aquí se opone a ellos.

¿Por qué nos quieres hacer otros a la fuerza?

¿De qué se llenará el vacío del despojo?

Íbamos ciegos y sin piedrecitas para marcar. Ni árboles para dejar señales de la marcha o el viaje. Sin monturas que se tatúan los caminos en los cascos. A nosotros nos dejaron sin camino para volver. ¿Sería camino el socavón que se bamboleaba lamido y lleno de golpes y azotado por los vientos sueltos?

Íbamos ciegos y encadenados y forzados y arrojados aquí. Empezamos a secarnos como un árbol sin tierra, sin cielo, sin lluvia, sin brisa, sin pájaros, sin muertos, aquí. Árbol castigado soy. Árbol ciego soy. Árbol que resiste y construirá sombra nueva soy.

Regados nosotros y dispersos recogemos los restos, lo que queda y con el telar recién dispuesto tejemos la red que nos acerca. Soles largos donde los oficios impuestos nos destruyen. Noches breves que amparan el rescate de aquello que sobrevivió al despojo y flota y germina y reproduce: palabras, cantos, danzas, invocaciones, gritos, llamados, imprecaciones, fugas, poder contra poder que funde otro poder, vacío que se puebla ahora que no regresaremos pero traemos lo que nos arrebataron. Lo salvamos de las tinieblas y del agua rugiente, de la distancia sin dirección que nos separa de la tierra y de nosotros mismos.

Fugas y batallas. Empalizadas de defensa y de demarcación. Cercanía con los seres que aquí encontramos. Los que sí trazaron sus rutas de ir y de venir y están al amparo de un rey y lo obedecen y nos traen a la fuerza y quieren subyugarnos. Encuentro con los

que desde antes y siempre estaban aquí como nosotros allá, y fueron atacados y robados y destruidos en su tierra. Invadidos, perseguidos, negados.

¿Cuál era mi nombre? Hasta la brisa sabía mi nombre. ¿Cómo vas a llamarme si no lo conoces? En mi pueblo todos llamábamos a cada quien por su nombre. Llamar es amor. Te llamo. No sabes mi nombre y no puedes llamarme. La locura de tu ley arbitraria, de tu ley tirana, te da la violencia de ponerme un nombre cuando tú no eres mi padre, ni mi madre, ni mi sangre, ni mi pariente. Te crees mi dueño pero no te pertenezco. Entonces revuelves el nombre de mi nación que poco conoces, el nombre del amo ilegítimo que me retiene con cadenas, y me arrebatas mi nombre para poner lo que no es y agregar a veces los nombres de tus dioses y los servidores de tus dioses. ¿Crees que tus palabras son más fuertes que mis palabras? Mis palabras son mis palabras más las tuyas que aprendí.

Con lo que rescaté de mí, soy. Con lo del otro que se incorpora a mí soy. Con lo que tengo de ti me refundo. Somos tantos aquí. De la resistencia y el rechazo aprendemos el oficio de utilizar tus letras. Las letras con que quieres organizar el mundo que no te pertenece y que poco a poco ve nacer dueños aceptados por el tiempo y los largos hilos de la descendencia. ¿Piensas que si destruyes todo, como lo hiciste ya una vez, quedarás solo de rey y mandón?

Cuánta vida y sangre nuestra se convirtió en el oro del que nos raptó y nos gastó con el látigo y abusó con la letra de sus leyes extrañas de jueces de dios y sus ritos, y de jueces de hombres y sus conductas. Leyes para la fe de su cielo y para la justicia de su tierra expropiada, leyes que no son las mías.

La ley ajena, tu ley, no fue fácil comprenderla. Descubrir sus debilidades y sus intenciones negadas. La letra de la ley ajena resalta. La ley propia es hábito de adentro que se realiza con un cumplimiento sin ruido, sin estridencia, sin tensión, es la nuestra, está acatada desde el corazón.

No siempre cumpliste su aplicación para nosotros. Cuando quisiste romper el dominio de tu rey, nosotros, que te padecíamos a ti y a tu rey, te ayudamos. Nos habías maltratado y nos sojuzgabas. Pero al recoger eso nuestro, disperso en la oscuridad y en la distancia, y ahora unido a nuestro interior, ámbito secreto de corazón vivo, eso, nos hizo fuertes otra vez, la fortaleza de ser. Poseíamos una libertad indestructible. Un poder que ni tus tribunales, ni tus maldiciones contra las mujeres sabias que llamaste brujas, ni tus trampas y mentiras contra nuestros sublevados, lograron derrotar. Ni tampoco la locura con la cual pagamos tanto sufrimiento que buscaba expiación y grito y voz y exorcismo.

Íbamos ciegos. Ni vencidos ni derrotados, con el tejido de la red que enlazó ríos y selvas, ciudades y bosques, mares, islas, campos de labranza, minas, fortificaciones y arcabucos, rochelas y poblados, estancias y canales, y cuántos remos bogaron en canoas y champanes y silbaron al viento en goletas; y cuántas curaciones de enfermedades mortales hicimos; y cuántas canciones enseñaron las alegrías escondidas de la vida; y cuántos poemas mostraron la ambición humana. ¿Y mi música? ¿Qué dices de mi música? Destapaste tu oído sordo. Limpiaste tu corazón reventado de codicia. Yo dancé, bailé.

No te llamo codicioso por insulto. Te padecí otra vez cuando tus cadenas podridas no resistieron mi suspiro y apelaste al laberinto de enredos y artilugios. Me fui contigo a tus guerras de autonomía y de independencia. Ofreciste en pago, siempre tu obsesión de pago, la libertad. Nunca comprendiste que nosotros éramos libres. Y reincidiste en la aventura de capturarnos y vendernos. ¿Puedes entender que no es razonable ni sensato confiar en ti? El oro, la fiebre de mandar, el desprecio del otro, mujer, varón, diferente, te perdió. Eres un riesgo patético que zangolotea en ambiciones sin sentido.

Nosotros atravesamos cinco siglos. ¿Te parece poco? Más que Moisés quien caminó desiertos, y tuvo la suerte de abrirle senderos al mar, subió montañas con el auxilio de Yahvé. Cinco siglos.

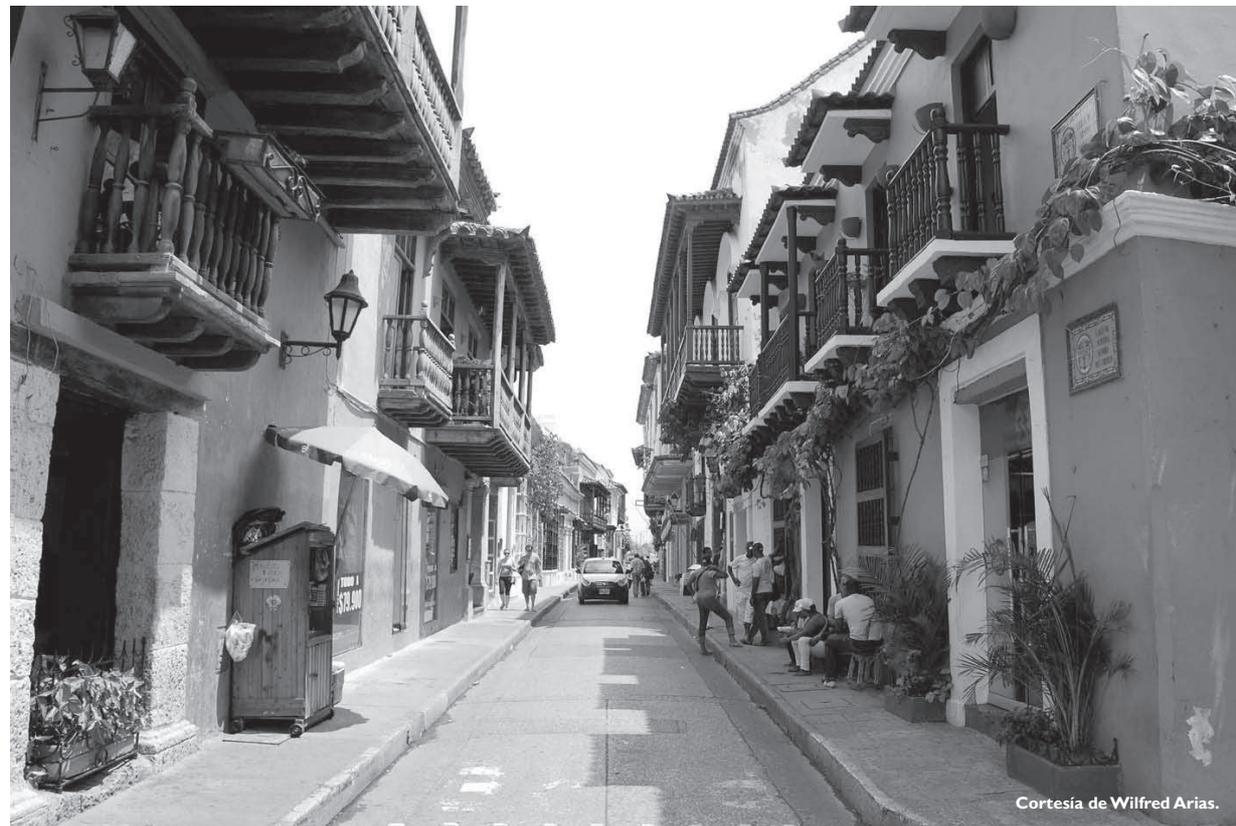
Ya no llegué ahora mismo ni desconozco cómo fue. Ahora estoy aquí. Visible y con voz. Capaz de desenterrar el sufrimiento y la injusticia. Con sueños para enfrentar la negación. Con experiencia para mejorar el mundo. Cuento y canto mi historia que es la tuya.



Cortesía de Wilfred Arias.

Afrodescendientes en Cartagena de Indias: una mirada de novelista

Por: ÓSCAR COLLAZOS
Escritor



Cortesía de Wilfred Arias.

El Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo me pide que escriba un texto para esta publicación. “La idea-me precisa Santiago Burgos- es que (...) esperamos contar con la participación de cuatro personas que desde su perspectiva y trabajo, nos puedan dar una mirada sobre la población afrocolombiana y la ciudad.”

Puesto que no tengo otra “perspectiva” que la de mi trabajo de novelista y columnista de opinión en un diario de circulación local y regional (*El Universal*) y otro de circulación nacional (*El Tiempo*), el texto que ofrezco es el resultado de dos percepciones: una, formada en la observación cotidiana, y dos, elaborada a partir de textos académicos (investigaciones, informes, estadísticas, diagnósticos, etc.) que leo con frecuencia. En ambos casos, mi percepción puede parecer limitada por las intuiciones del novelista que descifra la realidad en términos de situaciones ejemplares y personajes mediatizados por la elaboración imaginaria (historias de vida), o por una lectura igualmente interesada, la del escritor público que a través del periodismo expresa opiniones insuficientemente sustentadas.

Me atengo a ambas posibilidades. Empiezo diciendo que, desde los años de mi infancia y adolescencia en Buenaventura (1948-1962), no había vivido en una ciudad dominada cotidianamente por una población y una cultura inequívocamente afrocolombiana. Y anticipo una conclusión: como en mi experiencia en la capital colombiana del litoral Pacífico, mi experiencia de ya doce años en Cartagena no ha modificado sino en pequeños detalles la percepción que tengo de aquellos años: pese al carácter predominante de la población “afro”, la brecha que la separa de otras comunidades étnicas (blancos y mestizos, sobre todo) es escandalosamente evidente. En otras palabras: como en Buenaventura, también

en Cartagena de Indias los niveles de desigualdad social y étnica no se confirman solamente con la información estadística y las investigaciones académicas. Se confirman de manera inocultable en la simple y azarosa cotidianidad. La realidad entra por los ojos.

Visto en panorámica, el mapa étnico y social de Cartagena de Indias describe un territorio fragmentado. Ya se sabe. Las piezas que componen este puzzle son caóticas, pero se aglomeran y vuelven compactas en zonas densamente pobladas, mayoritariamente por afrodescendientes: las suroccidental y suroriental y aquella que se aprieta a la cintura del Cerro de la Popa. Este es el mapa visible e inocultable de un primer vuelo de pájaro sobre la ciudad. Pero para que se vuelva un mapa de relieves y contrastes, hay que acabar de componerlo añadiendo las piezas faltantes del puzzle: Centro Histórico, Bocagrande, Castillogrande, Manga, El Cabrero y Crespo, donde la ciudad de los estratos altos (cinco y seis) cambia su fisonomía, introduciendo matices y sub-estratos que señalan niveles relativos y cambiantes de riqueza y prosperidad. En los últimos años, este mapa añadirá la zona norte y el corredor turístico y habitacional que se levanta hacia La Boquilla, Manzanillo y Punta Canoa.

El mapa que empecé a “dibujar” desde que llegué a Cartagena de Indias en 1998 lo componía un territorio de contrastes dramáticos y desigualdades que las estadísticas y las cada vez más numerosas investigaciones sobre desarrollo y pobreza no han hecho más que resaltar en la última década. Una amiga cartagenera me decía con la mejor buena fe que la ciudad había progresado, que bastaba mirar las nuevas y elevadas construcciones en Castillogrande y Bocagrande, las intervenciones y remodelaciones de las casonas históricas del Centro amurallado, la aparición de nuevos y preciosos hoteles construidos en antiguas caso-

nas del centro, el auge inmobiliario en Manga, El Cabrero y Marbella y la proyección urbanística del Anillo Vial y Zona Norte; el aumento de la oferta hotelera, el incremento del turismo nacional e internacional, el posicionamiento de Cartagena de Indias como centro de eventos de prestigio, la elección de la ciudad por los inversionistas, la capacidad del puerto, las zonas francas, en fin, signos innegables de lo que comúnmente se llama progreso.

Mi amiga tenía razón. Le añadí otras razones: pese a ser todavía insuficientes, los servicios públicos son mucho mejores que hace diez años, las inversiones en infraestructura urbana superan los índices de la década anterior, el parque automotor sigue creciendo, se ha ampliado la capacidad operativa y planta física del aeropuerto internacional; muy pronto se podrá contar con la solución masiva de transporte –Transcaribe– y es muy posible que, en pocos años, se implemente el transporte acuático.

Según la percepción ciudadana recogida por el programa “Cartagena cómo vamos”, los cartageneros reconocen estos avances sin dejar de señalar sus falencias, se muestran orgullosos de pertenecer a la ciudad aunque, repetidamente, expresen su inconformidad por la poca “cultura ciudadana” de sus coterráneos. En las mismas muestras, vuelven a aparecer las preocupaciones más urgentes de los cartageneros: la movilidad, la seguridad, el trabajo, la vivienda, la educación, la salud, etc.

Un 66 por ciento de la población consultada para este valioso ejercicio de percepción ciudadana, pertenece a los estratos 1 y 2, es decir, a los sectores y barrios más pobres de la ciudad, donde el mapa se oscurece, no sólo por sus características étnicas, sino porque es allí donde se destaca en relieves el mapa de la desigualdad. He tenido que decirle a mi amiga que tiene la razón, pero sólo en parte; que es cierto lo que señala como muestras del progreso y crecimiento urbanístico y poblacional de la ciudad, pero que no menos cierto es lo siguiente: la riqueza registrada no ha podido frenar el crecimiento de la pobreza ni reducir los índices de una desigualdad que tiene como protagonista mayoritaria a la población afrodescendiente. Si se mira con detalle, la informalidad económica es ejercida mayoritariamente por afrodescendientes y son estos también los que componen los batallones de mototaxistas que recorren la ciudad.

No hay estadísticas que lo prueben –le dije a mi amiga optimista– pero basta un poco de sentido de la observación para darse cuenta de que otro ejército, este sí de vieja data, formado desde la época colonial, compuesto por mujeres afrodescendientes de todas las edades, satisface la demanda informal de servicio doméstico. Y por una de esas paradojas de la ciudad, resulta que son estas mujeres, por lo general mal pagadas y expuestas a toda clase de humillaciones, las que construyen la feliz leyenda de la “sazón caribeña”, retórica que alimenta más de una promoción turística, coronada por la iconografía de la palenquera que pregona frutas y dulces autóctonos. De origen afrocolombiano es otra de las leyendas que adornan la ciudad: la música y la danza; pero cuando uno ve a los jovencitos y jovencitas que bailan mapalé en las plazas del Centro, no puede olvidar a las que se prostituyen por unos pesos.

No ha dejado de escandalizarme que, por ejemplo, los signos exteriores del progreso y la internacionalización acelerada de la ciudad portuaria y turística, no tengan relación con su vida política y que la manera de hacerla tenga el carácter rudimentario y pre-moderno de la ciudad de hace 20 años, que su clase política apenas se haya transformado y que las leyes de la herencia familiar dominen sobre la movilidad social que implicaría el posicionamiento de una nueva clase política en los asuntos públicos. Me sorprende que, en medio de procesos de *aggiornamento* fieles a la dinámica de la globalización económica, Cartagena siga siendo una ciudad sin ciudadanía.

El mapa que empecé a “dibujar” desde que llegué a Cartagena de Indias en 1998 lo componía un territorio de contrastes dramáticos y desigualdades que las estadísticas y las cada vez más numerosas investigaciones sobre desarrollo y pobreza no han hecho más que resaltar en la última década.

Medio siglo después, cada vez que atravieso estos territorios de hambre y miseria, regreso a la Buenaventura de mi infancia.

Es como si nada hubiera sucedido y lo que se ha dado en llamar la “deuda histórica” hoy fuera un inmenso capital de vergüenza.

La ciudad de Cartagena ha sido pocas veces pensada espiritualmente como ciudad moderna. El urbanista y sociólogo catalán Jordi Borja señala, en un célebre texto sobre *Ciudad y ciudadanía*, que “la ciudad es intercambio, comercio y cultura. No es solamente “urbs”, es decir, concentración física de personas y edificios. Es “civitas”, lugar del civismo, o participación en los quehaceres públicos. Es “polis”, lugar de política, de ejercicio de poder.”

La ciudad es todo esto, pero es igualmente el territorio de la ciudadanía, esa gran ausente en Cartagena de Indias. Por una torpe o ingenua confusión, se sigue confundiendo habitantes con ciudadanos. Y lo que resulta de esta confusión es algo que deseo señalar en este texto: la ausencia de ciudadanía ha permitido que las víctimas de la desigualdad no tengan una actitud participativa sobre la ciudad y sus gobernantes sino unas esporádicas manifestaciones de disgusto o protesta, fácilmente domesticadas por políticas asistencialistas que no conducen a cambios estructurales.

La ciudad ha registrado, sin embargo, considerables cambios en la percepción de su identidad cultural. Y uno de esos cambios ha significado un empoderamiento de la población afrodescendiente y un mayor interés de la Academia por ofrecer herramientas que superen la desigualdad, al menos en términos culturales. Hoy, Cartagena de Indias se reconoce más afrodescendiente que hace una década. Se han superado parcialmente los complejos que impedían el auto-reconocimiento étnico, más allá de las claves aportadas por los censos de población. Y aunque esto no ha modificado la situación de desigualdad material, ha sido el comienzo de un proceso de toma de conciencia que, paulatinamente, puede llevar a la formación de una ciudadanía *afro* más participativa.

La conmemoración del Bicentenario de la declaración de Independencia absoluta de Cartagena de Indias no ha soslayado sino destacado el carácter afrocolombiano y multicultural de la ciudad. Dos de los héroes de esas gestas (el mulato Pedro Romero y el zambo José Prudencio Padilla) ocuparon la primera línea del escenario conmemorativo, sirviendo de apoyo a un proceso de identidad cultural, social y política que en décadas anteriores había sido ignorado o apenas esbozado por la historia oficial.

En el transcurso de los próximos años se podría dar otra situación paradójica: la conciencia de la desigualdad étnica y social será mayor, como mayor el rechazo de las injusticias padecidas por los afrodescendientes, pero sólo se habrán dado unos pocos pasos para conducir a Cartagena por la senda de un progreso que signifique la superación de estas desigualdades. Las raíces del mal son estructurales y las soluciones propuestas parecen ser sólo coyunturales. Cuando veo las filas humillantes de cientos y miles de afrodescendientes beneficiarios del programa Familias en Acción, lamento que estas ayudas sólo mitiguen el hambre de unos pocos días y no sirvan ni siquiera para transformar la conciencia de esta gente: no les servirá para asumir la responsabilidad de ciudadanos sino la de víctimas de la pobreza que esperan gestos paternalistas por parte del Estado.

Hace unos años escribí una novela que tiene a Cartagena como trasfondo. La titulé *Rencor*. Era el resultado y la prolongación de un modesto trabajo periodístico que me llevó a entrevistar a niños del barrio Nelson Mandela, todos ellos de familias desplazadas por el conflicto. Muchos provenían del Urabá antioqueño y chochoano, del sur de Bolívar, de las sabanas de Sucre y Córdoba, de los Montes de María. Me propuse hablar de la tragedia de estas familias pero también de la vida de unos niños que pronto serían adultos en un territorio marcado por la violencia y las desigualdades.

Elegí los escenarios que había conocido en 8 años de vida en la ciudad: el Nelson Mandela, el mercado de Bazurto, el Centro histórico y el sector de Castillogrande. De un extremo a otro de estos barrios se mueven los personajes de mi novela: de la extrema pobreza a la extrema riqueza. La protagonista de *Rencor* es afrodescendiente, joven y hermosa pero igualmente frágil. Es un sujeto fácilmente moldeado por sus circunstancias de desprotección y marginalidad. El mundo donde se desenvuelve su madre, traza diariamente una línea contradictoria de uno a otro extremo de la ciudad. Sobrevive en medio de la miseria pero trabaja en medio de la riqueza. Son más las horas que pasa en las últimas que las que debe padecer en su propio hábitat.

Dos o tres personajes relevantes de la novela me sirvieron para dibujar este paisaje de luz y sombras: un joven pandillero, un padre precipitado al abismo de la desesperación, una madre abnegada que envejece prematuramente, una niña prostituida patéticamente, una protagonista envilecida por el propio padre, un patrón rico que prostituye a la joven, unos pajarracos que, como miserables seres humanos, mendigan desechos al pie de una ciénaga de aguas fétidas.

Conozco bien los escenarios reales de mi novela y creo que han cambiado poco o nada. Una excepción: el sector donde vivía el joven pandillero (San Francisco) ha desaparecido.

Cartagena de Indias ha seguido siendo una obsesión para el escritor que no puedo dejar encerrado en el armario cada vez que salgo de mi residencia en Crespo, me introduzco por Canapote, paso por Daniel Lemaitre, llego a San Francisco, atravieso la línea sinuosa de la Avenida Perimetral, veo chapotear niños desnudos entre el lodo pútrido, una madre joven y preñada que carga en la cintura a otro hijo de meses, salgo al Olaya y me dirijo por el barrio 13 de Junio hacia Ternera, adonde voy dos veces por semana. En este recorrido, reconozco más afrodescendientes que mestizos y blancos. Unos cuantos signos de prosperidad se entrometen en la extrema pobreza. Hay una desigualdad manifiesta al interior de la desigualdad. Medio siglo después, cada vez que atravieso estos territorios de hambre y miseria, regreso a la Buenaventura de mi infancia. Es como si nada hubiera sucedido y lo que se ha dado en llamar la “deuda histórica” hoy fuera un inmenso capital de vergüenza.

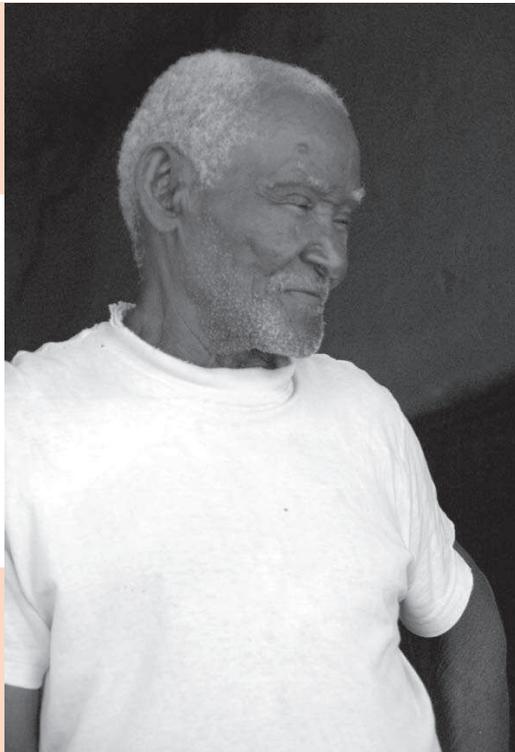
La conmemoración del Bicentenario de la declaración de Independencia absoluta de Cartagena de Indias no ha soslayado sino destacado el carácter afrocolombiano y multicultural de la ciudad.



Cortesía de Wilfred Arias.

Ser negro

Por: RICARDO CHICA GELIZ
Docente investigador



Cortesía de Wilfred Arias.

Es que el arraigo de los mitos que hacen vigente, válido y profundamente experiencial el sistema socio-racial en que vivimos, es muy efectivo y actúa rápido en nuestras mentes apenas nacemos, actúa omnisciente durante la vida de nuestras relaciones con el mundo, con los otros, hasta el último día de nuestra existencia.

Llegué exhausto a casa. Cada vez que despedían a alguien en la empresa, no lo reemplazaban y nos tocaba asumir las tareas del ausente. Despidieron ocho compañeros, por lo que atendí todas las responsabilidades acumuladas. Mientras tanto, estudiaba una maestría. Me senté en la mesa frente a un buen plato de arroz con carne guisada y ensalada de remolacha con papas. Iban a ser la 8 de la noche. “Papi ¿Tú por qué eres negro?”, preguntó mi pequeño hijo de cinco años. Ellos jugaban en el piso, la niña de tres años entendía casi todo y, ante la pregunta, se detuvo un instante. Mi mujer alertó la conversación. “Porque Dios me hizo así”, le respondí a mi hijo.

No se me ocurrió otra cosa. Yo no terminé de darme cuenta de lo que significaba ser negro hasta cuando llegué a vivir un par de años en Bogotá, a mediados de los años ochenta. Tenía referencias escolares sobre la esclavitud. La televisión también contribuyó en algo a darme nociones, en especial, sobre el pasado esclavo, con telenovelas de los años setenta, como “La esclava Isaura”, “Raíces” o “La pezuña del diablo”. Ante semejante pregunta, me acordé de un diálogo del actor afroamericano Morgan Freeman, en que hacía el papel de moro sabio en la película “Robin Hood: príncipe de los ladrones” (1991). Me pareció una buena respuesta para mis hijos, una respuesta reconfortante, que apostaba por el sosiego. “¿Qué, qué? ¿Qué dijo papá?”, interrogó la niña mientras, con todo interés, buscó un lugar junto a su hermanito. “Que Dios lo hizo así”, reconfirmó el niño. Ambos al pie de la mesa no dejaban de mirarme con sus ojos enormes. “No importa Papi. Nosotros así te queremos”, respondió el niño. Acto seguido me dieron un largo y tierno abrazo.

Desde entonces tengo tantos interrogantes. ¿Tan pronto aprendieron mis hijos que ser negro “no es bueno”, “no es correcto”, o, en todo caso, “algo inferior”? ¿Tan pronto aprendieron que la condición “ideal” de las personas en el mundo es ser blanco, como sin duda, lo es Dios? ¿Y su mamá? ¿Por qué no le hicieron la misma pregunta a su mamá de pelo libre, suelto, de piel un poco más clara?

Es que el arraigo de los mitos que hacen vigente, válido y profundamente experiencial el sistema socio-racial en que vivimos, es muy

efectivo y actúa rápido en nuestras mentes apenas nacemos, actúa omnisciente durante la vida de nuestras relaciones con el mundo, con los otros, hasta el último día de nuestra existencia.

Un viernes por la tarde llegué a la cocina de la casa. Mi mujer cargaba entre brazos a nuestra hija mientras preparaba algo de comer. “Llegas temprano”, se extrañó un poco. Abracé a ambas: “Me acaban de despedir”, le susurré al oído. La abracé fuerte para anticipar cualquier impresión inesperada. Me sorprendió un poco su tranquilidad. “Ya vendrá algo mejor”, remató. Primero cortaron el teléfono y la Internet. Después cortaron el cable. Después cortaron la energía. Duramos algunos días sin gas y siempre me cuidé de pagar el agua.

Sobrevino el tiempo suficiente para pensar una pregunta que me rondaba desde hacía años: ¿Quién cogió Universal hoy? Logré formular un proyecto de investigación cultural que interrogaba la relación entre prensa y sectores populares en Cartagena. Uno de los aspectos centrales era la página de Sucesos del periódico El Universal. “La página de sociales de los pobres”, escuché decir a varios testificantes, de forma irónica. Era 2004. Durante el proceso, el elemento que más me llamó la atención fue el de *estereotipo*. Una definición que encuentro apropiada para esta ocasión es la que el mexicano Ricardo Pérez Monfort establece en el libro *Konga Roja: Mulatos y negros cubanos en la escena mexicana 1920-1950*, de la historiadora mexicana Gabriela Pulido Llano:

El estereotipo pretende ser la síntesis de las características anímicas, intelectuales y de imagen aceptadas o interpuestas, de determinado grupo social o regional. Se manifiesta en una gran cantidad de representaciones, conceptos y actitudes humanas, desde el comportamiento cotidiano hasta las más elaboradas referencias al Estado nacional. Los estereotipos se cultivan tanto en la academia como en los terrenos de la cultura popular, en la actividad política y desde luego en los medios de comunicación (2010: 13).

El estereotipo, en su propósito de síntesis, se constituye en un recurso ideológico de gran poder sobre la memoria colectiva y las formaciones sociales que allí ocurren. Los actores españoles que re-

presentaron a Cristo, como Luis Cebrián, en películas mexicanas como “El Mártir del Calvario” (1952), representaron un estereotipo que no deja dudas: “Dios es blanco” y lo podíamos ver en su actuación, en su performance; he podido referenciar el Olimpo blanco de vírgenes, santos, ángeles, Cristos, querubines y hasta los pastores de los pesebres; pero, prefiero el cine y los medios, por presentar una dimensión formal distinta de los llamados estereotipos. De manera que el estereotipo que predomina en las páginas de judiciales tiene elementos como estos: hombre, pobre, iletrado, delincuente, sucio, violento y negro. El estereotipo, pues, hay que entenderlo como un hecho social y no sólo como un aspecto estratégico de los mensajes o discursos. El estereotipo funciona porque se instala en un pacto entre mensaje y público; es un vínculo entre mundo periodístico y mundo de la audiencia; es el aspecto comunicativo que posibilita la legitimación y la validación de que las cosas como están, están bien y que, además, así sea percibido y aceptado por todos.

Hay un regodeo social con los estereotipos y lo que se espera de ellos o su ruptura. Por ejemplo, en la película “Día de entrenamiento”, el actor negro Denzel Washington interpreta a Alonzo Harris, un policía rudo de Los Ángeles. Cualquiera espera del estereotipo policíaco una referencia de ley y orden; y más si se trata de un policía negro, pues, es como un caballo de Troya que entra en los guettos y barrios peligrosos que están llenos de afrodescendientes. En esta ocasión Harris es el peor de los policías corruptos. Hay miedo porque se trata de una evidente amenaza al orden establecido y, si se trata de un falso caballo de Troya, peor. En “Día de entrenamiento” hay una ruptura del estereotipo de policía, pero, hay una reconfirmación del estereotipo del “negro”: traicionero, mentiroso, peligroso, violento, implacable. A tal punto, pues, que es un negro quien desvirtúa lo que se espera del buen policía. En esa lógica, somos dignos de conmiseración, desconfianza, desprecio, compasión, condescendencia.

En 2005 se publica mi libro *¿Quién cogió Universal hoy: Prensa y sectores populares en Cartagena*; allí aparecen testimonios sobre la importancia de la página de Sucesos en la conformación de la memoria familiar y barrial. Un uso social que depende de las lecturas que cada público da a un mismo mensaje. En cierta calle de Loma Fresca, en las faldas de La Popa, hay familiares y vecinos de los delincuentes, reseñados en la mencionada página, que recortan las noticias y las conservan en los álbumes, junto con fotografías memorables de ocasiones especiales, como bautizos, quinceañeros o cumpleaños. Cuando el sujeto regresa de su encierro en la cárcel, sus amigos le presentan las noticias seleccionadas para reconocerse y regodearse en una clave de lectura, que da cuenta de las hazañas enmarcadas en el relato periodístico.

De manera que el estereotipo es susceptible de ser usado, actualizado, completado en sus aspectos “no dichos”, de manera que, para los sujetos que aparecen en la página de Sucesos, se trata de experiencias que se reseñan socialmente en un medio. Lo importante es que se reconozca la guapeza ya sea por la osadía, por la crueldad, por el miedo, por el atrevimiento. Lo cual, valga la referencia, es equivalente al estereotipo que aparece en los videoclips musicales de reggaetón como el de “Danza Kuduro”, del cantante puertorriqueño Don Omar; allí aparece junto con el cantante Luzenzo escenificando un estilo de vida mafioso muy ligado a lo que significa ser negro y cuyos elementos están en la ropa, las joyas, los autos, las yates, las mansiones, los guardaespaldas, la música y las mujeres. ¿De qué viven los personajes que aparecen en el video de “Danza Kuduro”? ¿En qué trabajan? La respuesta subyace: “Es gente que está en la vuelta, que coronó y que ha aparecido en las páginas de judiciales de los periódicos”.

No sé si sea casualidad, pero, desde cuando eligieron presidente de los Estados Unidos a Barak Obama, los negros y negras de la televisión colombiana desempeñan otros roles; comenzaron a instalarse en otros estereotipos. El negro siempre ha sido objeto de burlas en la televisión nacional, como por ejemplo, en “Sábados Felices”. Cuando niño, en los años setenta, se hizo famoso el “Negro Palomino”, cuenta chistes del Pacífico, que relataba situaciones y cuentos del negro ignorante, chapucero, sumiso. Hoy es exitoso el “Negro Micolta”, actuado por un blanco mestizo que se embetuna la piel y ridiculiza a los afros. Los afros del público asistente, ríen con el show. De manera tímida e intermitente hay comerciales, quizás dos, uno de una corporación bancaria y otro de pañales desechables donde aparecen negros en roles urbanos, modernos, clasemedios. La llegada de la periodista afrodescendiente Mabel Lara como presentadora de noticias en una canal nacional de televisión, supuso una ruptura en el estereotipo de este oficio. No obstante, digamos que Lara no se aleja mucho del perfil

profesional establecido: es joven, bella, inteligente y proyecta seguridad, efectividad y profesionalismo en su diario quehacer; en otras palabras, es una adaptación en versión negra (¿adaptación blanca?). Igual que cuando apareció la versión negra de la muñeca Barbie.

No es un asunto de raza, sino de racialización, que es distinto. Hay que destacar, de otra parte, la telenovela “La Pola”, cuya aparición, en virtud del Bicentenario de Independencia nacional, dio lugar a personajes afrodescendientes que representaron nuestra participación en la historia y en la formación de la nación colombiana. Allí aparecieron actores y actrices afro haciendo papeles de esclavos enfrentados a conflictos relacionados con situaciones amorosas, familiares, políticas, sociales y de esclavitud, entre otras. “¿Papi, y eso fue verdad?”, preguntaban mis hijos cuando vieron por primera vez cómo pegaban latigazos de castigo al negro Juliano. “De ahí venimos”, les atiné a decir, mientras veíamos las vicisitudes de una familia esclava y su amo Domingo García. Lejos están los días en que escuché a mi abuela cantar la canción “Angelitos Negros”, del venezolano Andrés Eloy Blanco, interpretada por el mexicano Pedro Infante, en una de sus tantas versiones:

*Pintor nacido en mi tierra
Con el pincel extranjero
Pintor que sigues el rumbo
De tantos pintores viejos
Aunque la virgen sea blanca
Pintame angelitos negros
Que también se van al cielo
Todos los negritos buenos
Pintor si pintas con amor
Por qué desprecias su color
Si sabes que en el cielo
También los quiere Dios
Pintor de Santos de alcoba
Si tienes alma en el cuerpo
Por qué al pintar en tus cuadros
Te olvidaste de los negros
Siempre que pintas iglesias
Pintas angelitos bellos
Pero nunca te acordaste
De pintar un ángel negro*

La canción está adaptada del poema del mismo nombre, escrito por Andrés Eloy Blanco (1896-1955). Resulta evidente la diferencia de sentido entre poema y canción; mientras esta última es un llanto melodramático, el poema es más denuncia y recrea una situación capaz de cuestionar el sistema en sus aspectos social y religioso.

*¡Ah mundo! La Negra Juana,
¡La mano que le pasó!
Se le murió su negrito,
Si señor.
-Ay, compadrito del alma
¡tan sano que estaba el negro!
Yo no le acataba el pliegue,
Yo no le miraba el hueso;
Como yo me enflaquecía,
lo media con mi cuerpo,
se me iba poniendo flaco
como yo me iba poniendo.
Se me murió mi negrito:
Dios lo tendría dispuesto;
ya lo tendrá colocao
como angelito del Cielo.
-Desengañese, comadre,
que no hay angelitos negros.
Pintor de santos de alcoba,
pintor sin tierra en el pecho,
que cuando pintas tus santos
no te acuerdas de tu pueblo,
que cuando pintas tus Virgenes
pintas angelitos bellos,
pero nunca te acordaste
de pintar un ángel negro.
-Pintor nacido en mi tierra,
con el pincel extranjero,
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos,
aunque la virgen sea blanca*

*píntame angelitos negros.
No hay un pintor que pintara
angelitos de mi pueblo,
yo quiero angelitos blancos
con angelitos morenos.
Ángel de buena familia
no basta para mi cielo.
Si queda un pintor de santos,
si queda un pintor de cielos,
que haga un cielo de mi tierra,
con los tonos de mi pueblo,
con su ángel de perla fina,
con su ángel de medio pelo,
con sus ángeles catires,
con sus ángeles morenos,
con sus angelitos blancos,
con sus angelitos indios,
con sus angelitos negros,
que vayan comiendo mango
por las barriadas del cielo.
Si al cielo voy algún día,
tengo que hallarte en el cielo,
angelítico del diablo,
serafín curucusero.*

*Si sabes pintar tu tierra,
así has de pintar tu cielo,
con su sol que tuesta blancos,
con su sol que suda negros,
porque para eso lo tienes
calientito y de los buenos.
Aunque la Virgen sea blanca
píntame angelitos negros.
-No hay una iglesia de rumbo,
no hay una iglesia de pueblo,
donde hayan dejado entrar
al cuadro angelitos negros.
Y entonces, ¿adonde van,
angelitos de mi pueblo,
zamaritos de Guaribe,
torditos de Barlovento?
Pintor que pintas tu tierra,
si quieres pintar tu cielo,
cuando pintas angelitos
acuérdate de tu pueblo
y al lado del ángel rubio
y junto al ángel trigueño,
aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.*

Abuela Goyita vio la película “Angelitos Negros” (1948) en los años cincuenta, en el Teatro Colonial del barrio La Quinta. Ana Luisa (Emilia Guiu) es una rubia directora de escuela que forma pareja con José Carlos (Pedro Infante), un exitoso artista de fama internacional. La nana de Ana Luisa siempre se opuso al matrimonio. El personaje de Mercé-Nana es interpretado por la actriz Rita Montaner, quien, para esta ocasión, se maquilló de negro la piel. Sólo los espectadores saben un terrible secreto: Mercé-Naná es la madre biológica de la rubia Ana Luisa, producto de una antigua relación con el fallecido dueño de la casa. De ahí que la nana se oponga al matrimonio, que finalmente se consuma y nace Belén (Titina Romay, niña-actriz también maquillada de negro), negra como su abuela. Quién sabe si abuela Goyita habrá conocido el poema, pero, en las pocas ocasiones que le escuché cantar o tararear la canción, asumí que lo hacía con un sentido que lamentaba el destino de la pobreza, el sufrimiento material y, también, porque el dolor ajeno alivia el propio. “Lo negro”, entonces, era (y sigue siendo) un asunto consustancial a la pobreza, pero de menor importancia; es decir, que dicha condición racial se acepta naturalmente inferior.

De otra parte, los estereotipos de los negros que aparecen en la película son los clásicos propios del melodrama del cine mexicano en su época de oro (1940-1957): la negra madre, sufrida y abnegada, para el caso de Mercé-Naná; el negro sabio, noble y fiel, para el caso de

Fernando (el actor afrocubano Jimmy Monterrey), mejor amigo de José Carlos; y, la mulata cachonda y sensual, Isabel (la también actriz afrocubana Chela Castro), siempre enamorada de José Carlos. Este último asume el papel de guajiro-negro en una escena musical de la película mencionada. Allí, Pedro Infante aparece con el rostro, los brazos y el torso pintados de negro, descalzo, sin camisa y con un pañuelo amarrado a la cintura cantando “Danza Sagrada”, de Armando Rosales, donde evoca a Changó y a Yemayá. Se trata de un estereotipo para lo negro que yo llamo “alegradores de la vida”, donde concurren papeles de cantantes, bongoseros, bailarinas y rumberas de cabaret. Un repertorio musical y melodramático con el que abuela Goyita regodeaba su memoria de mulata joven, casada con un negro de Villanueva, Bolívar.

“¿Y ahora qué estás escribiendo?”, interrogó mi hijo, a seis años de la pregunta que hizo al pie del comedor. Le mostré el primer párrafo de lo que ustedes leyeron. “¿Yo te pregunté eso?”, dijo, mientras terminaba de leer la primera página. “Papá, yo no te imagino blanco”. Me miró directo a los ojos. No sé qué pensarán mis hijos sobre lo que significa ser negro en Cartagena, pero, supongo que habrá que comenzar por organizar una pedagogía sobre un debate histórico y cultural que dé cuenta del devenir social, político y económico, con miras a entender el sentido estratégico de los estereotipos afro en los medios y su relación con el mundo que nos tocó vivir.

“Lo negro”, entonces, era (y sigue siendo) un asunto consustancial a la pobreza, pero de menor importancia; es decir, que dicha condición racial se acepta naturalmente inferior.

Cortesía de Wilfred Arias.



El Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (ODESDO) es una iniciativa concertada entre Accisol y Funsarep, con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid).

Araqueles de Ciudadanía

Boletín n° 9

Octubre-Noviembre de 2011

Edificio Banco Cafetero, Of.: 604-605
La Matuna
Tel.: (57) 5 - 6649522
Cartagena de Indias, Colombia

Coordinación General

Lluís Casanovas

Comité Editorial

Luis Montero
María Villegas
Carlos Díaz A.
Rosa Parés
Lluís Casanovas
Consuelo Arnaiz

Edición

Santiago Burgos Bolaños

Colaboraron en este número

ROBERTO BURGOS
OSCAR COLLAZOS
RICARDO CHICA

Agradecimientos

Wilfred Arias
Claudia Fortich
Gina Ruz

Diagramación e impresión

Editorial CÓDICE Ltda.



Acció per una Ciutadania Solidària



Funsarep

Con el apoyo de:



Las opiniones o comentarios contenidos en artículos de terceros que aparecen en esta publicación no responden necesariamente a las posiciones del Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo y sus integrantes. El contenido no refleja la posición de las instituciones que le apoyan.

Por una mirada compleja

No hay desarrollo integral y alternativo, ni democracia real sin la incorporación de la dimensión de género y étnica. El Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (ODESDO) ha hecho énfasis constante en ese sentido, poniendo en el centro del análisis los derechos humanos y teniendo una mirada integral de los determinantes sociales y la lógica de reproducción social del modelo de desarrollo. El objetivo es aportar al fortalecimiento del ejercicio de ciudadanía e incentivar la interdependencia entre desarrollo, democracia y la integralidad de los derechos humanos para la plena efectividad del derecho al desarrollo y la lucha contra la discriminación estructural racial y de género y la exclusión social.

Subordinar las lógicas culturales y las prácticas de la sociedad al sistema económico o a los intereses de un grupo específico, implica que gran número de poblaciones deben asumir costos altísimos en muchas dimensiones. Por eso la historia ha visto en muchas versiones la resistencia a esta tendencia; para hacerlo, ahora el análisis del sistema debe advertir la complejidad y la totalidad del mismo, y los movimientos de transformación deben darse en sus múltiples dimensiones. Aquí intentamos este ejercicio de análisis, apenas, quizá, como ejemplo. Imposible completarlo en una publicación, mucho menos en el cierre de dicha publicación. Sólo resta entonces, dejar un sumario.

- El Año de la Población Afrodescendiente “nos ofrece una oportunidad especial de redoblar los esfuerzos en la lucha contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia que afectan a los afrodescendientes en todas partes”.
- El Estado tiene que cumplir un rol central en la promoción de los pactos internacionales y en su implementación efectiva. La Administración local debe practicar una activa política que haga efectiva la igualdad racial en los distintos ámbitos económicos, sociales, culturales y políticos.
- Cuatro imaginarios sostienen el ocultamiento de la realidad de Cartagena de Indias y se reproducen sin fin: el mito del dualismo, la dependencia neocolonial, el capital humano y el desarrollismo.
- La polarización en los ingresos y en las oportunidades sociales tiene un gran componente étnico y una clara manifestación en el espacio físico.
- Los vacíos, en ocasiones, no son expresiones de la nada, sino señales de un ocultamiento. A veces malicioso. A veces interesado.
- [El trabajo *Rutas de libertad. 500 años de travesía*, surgió de la aplicación de] los asedios desde múltiples perspectivas y examinar las guerras de independencia, las ciencias, la política, la poesía, la música, las novelas, los cuentos, las profesiones, los oficios.
- Tanto mostraron los atisbos, destellos, logros, que fue indispensable proponer ese útil complemento que fue la *Biblioteca de literatura afrocolombiana*. Voces y voces recuperadas del olvido.
- Pese al carácter predominante de la población “afro”, la brecha que la separa de otras comunidades étnicas (blancos y mestizos, sobre todo) es escandalosamente evidente.
- Visto en panorámica, el mapa étnico y social de Cartagena de Indias describe un territorio fragmentado. Ya se sabe. Las piezas que componen este puzzle son caóticas, pero se aglomeran y vuelven compactas en zonas densamente pobladas, mayoritariamente, por afrodescendientes.
- La ausencia de ciudadanía ha permitido que las víctimas de la desigualdad no tengan una actitud participativa sobre la ciudad y sus gobernantes sino unas esporádicas manifestaciones de disgusto o protesta, fácilmente domesticadas por políticas asistencialistas que no conducen a cambios sustanciales.
- El arraigo de los mitos que hacen evidente, válido y profundamente experiencial el sistema socio-racial en que vivimos, es muy efectivo y actúa rápido en nuestras mentes apenas nacemos, actúa omniscientemente durante la vida de nuestras relaciones con el mundo, con los otros.
- Habrá que comenzar por organizar una pedagogía sobre un debate histórico y cultural que dé cuenta del devenir social, político y económico, con miras a entender el sentido estratégico de los estereotipos afro en los medios y su relación con el mundo que nos tocó vivir.

